

Santo Tomás de Aquino, el filósofo de la fe

Teólogo y filósofo, Tomás de Aquino tuvo a Dios como tema central de su pensamiento. Sin embargo, valoró la experiencia sensible y el poder de la razón con una filosofía que mostraba una vigorosa tendencia hacia lo concreto. Su obra marca uno de los momentos culminantes del pensamiento medieval, realizando la síntesis más acabada entre el aristotelismo y la doctrina cristiana.

Si los filósofos están siempre codeándose con los teólogos, también podríamos decir que la teología está planeando siempre sobre la filosofía. Aristóteles, el propio Platón y después tantos otros han hablado indistintamente de los temas del mundo, de la realidad y también se han referido de vez en cuando a la divinidad. Pero a partir de la filosofía cristiana, y de que el cristianismo se convierte en la gran ideología de Europa, la teología adquiere un peso mucho mayor del que había tenido nunca. En primer lugar, la teología está al servicio de una Iglesia que es muy poderosa en Europa. En otras palabras, los filósofos normalmente hablan desde su opinión, desde su punto de vista, pero la Iglesia católica de la Edad Media —en aquel momento la única que había, antes de sus distintas fracturas— era la gran fuente de poder ideológico que había en Europa y los teólogos eran los administradores de ese gran poder que era la religión católica.

Ahora bien, si todos vinculaban la filosofía a la teología, algunos simplemente la supeditaban y otros le otorgaban algún grado de autonomía. Así, por ejemplo, Siger de Brabante ¹ afirmaba que las verdades de la filosofía eran independientes de las verdades de la fe (a esto se llamó «teoría de las dos verdades»). Otros opinaban que el conocimiento teológico y el filosófico no podían estar en contradicción. Y, finalmente, estaban los que pensaban que la contradicción era posible, pero que en ese caso había que dar crédito a la fe por encima de la razón. Al mismo tiempo, los filósofos de la época no escapaban de los planteamientos teológicos. Tomás de Aquino, el más grande sin duda de los pensadores medievales, el más potente y completo, tampoco fue una excepción. Asimismo, a pesar de que era un hombre ortodoxo religiosamente —llegó a santo de la Iglesia— algunas de sus aportaciones llegaron a ser importantes y casi diría revolucionarias. Por ejemplo, se convirtió en defensor de las doctrinas de Aristóteles, cuyos libros eran vistos con sospechas por parte de los teólogos católicos. Por una parte, porque era pagano, y por tanto no estaba bien visto que un pagano pudiera enseñar cosas a un cristiano. Y, por otra, porque las obras de Aristóteles habían sido conservadas por el mundo árabe, de modo que las sospechas eran dobles: era un pagano que les llegaba a través de los árabes. Sin embargo, éstos no fueron argumentos suficientes para disuadir a santo Tomás de conceder toda su importancia a la filosofía de Aristóteles y, a través de él, crear una corriente de pensamiento cristiana.

UNA VIDA DEDICADA A DIOS

Tomás de Aquino nació en 1225 en Rocaseca, cerca de Ñapóles, a ciento veinticinco kilómetros de Roma, y falleció el 7 de marzo de 1274 en el monasterio de Fossanova.² Su padre era el señor de Aquino y su madre también pertenecía a la nobleza. Tomás tuvo seis hermanos y cinco hermanas. Su familia decidió preparar al niño para que

algún día pudiera ser elegido abad del monasterio benedictino de Montecassino.³ Ello sería conveniente para asegurar la fortuna familiar. Por tal motivo, a los cinco años, Tomás fue enviado al monasterio para iniciar su educación.

Tomás permaneció en Montecassino durante nueve años. En 1239 se trasladó a la Universidad de Ñapóles, donde continuó sus estudios. Dedicó no pocos esfuerzos a profundizar sus conocimientos de filosofía y conoció a algunos religiosos de la Orden de Predicadores, fundada por santo Domingo de Guzmán. ⁴ Tomás decidió ingresar en ella, pese a comprender que su familia esperaba que hiciera carrera en la jerarquía eclesiástica. La orden dominica, al igual que la franciscana, no ofrecía a sus miembros más futuro que el de frailes mendicantes.

El padre de Tomás falleció en la Navidad de 1243 y pocos días después el joven fue admitido como novicio en la orden. Su madre, que no estaba dispuesta a permitir que su hijo renunciara a un futuro prestigioso para la familia, envió a sus hermanos para que lo secuestraran y lo llevaran a la fortaleza de Rocaseca, donde permaneció hasta finales de 1245.

Finalmente, con la complicidad de sus hermanas, el corpulento novicio, que además de medir casi dos metros de altura era bastante obeso, se descolgó por la noche desde la ventana de sus habitaciones con una suerte de soga hecha con sábanas y cortinas anudadas. Frente a los muros de la fortaleza, lo esperaba su director espiritual, fray Juan de San Julián, con dos caballos. Ambos huyeron de inmediato a Ñapóles.

Tras completar su noviciado, Tomás fue enviado a Colonia para estudiar teología con el maestro Alberto Magno. Permaneció allí entre 1248 y 1251, como discípulo, y una vez ordenado sacerdote, hasta 1252, como maestro, bajo la dirección del propio Alberto.

En 1252, Tomás fue enviado a la Universidad de París como bachiller para hacerse cargo de una de las dos cátedras que los dominicos regentaban allí. Los franciscanos tenían bajo su dominio sólo una. El resto eran impartidas por maestros seculares. Éstos empezaron a recelar de los religiosos, puesto que sus clases eran las más concurridas. Tanto franciscanos como dominicos preparaban a sus miembros para predicar (eran grandes oradores) y lo hacían siempre con gran pasión y entusiasmo. Además, los estudiantes se sentían fascinados por esos hermanos que renunciaban a toda posesión mundana y vivían de la mendicidad.

Las tensiones desencadenaron choques violentos entre los estudiantes universitarios. Los conflictos, alentados por los maestros seculares, empezaron por razones circunstanciales entre algunos estudiantes y las autoridades del claustro docente, pero pronto derivaron en enfrentamientos entre los partidarios de los hermanos mendicantes y los que no querían verlos en la universidad. El claustro creó medidas arbitrarias contra los maestros religiosos. Situaciones incómodas de todo tipo, desde no dejar a los maestros franciscanos y dominicos entrar a las dependencias reservadas para los docentes, o acusarlos de prédicas antipapales. Los concurrentes a las clases de éstos eran amenazados para que no asistiesen, algunos alborotadores irrumpían en las cátedras para provocar desorden, se apedreaba a los maestros,

que debían movilizarse con guardia armada, y se llegó a disparar flechas contra las ventanas de sus residencias.

El líder de los maestros seculares, Guillermo de Saint-Amour,⁵ hizo difundir un escrito en el que se responsabilizaba a los dominicos y franciscanos del malestar reinante en la universidad. También les atribuyó falsamente un libelo injurioso contra el Papado. Estas acusaciones fueron refutadas por Buenaventura ⁶ y Tomás de York⁷ por parte de los franciscanos, y por el mismo Tomás de Aquino por parte de los dominicos.

En 1256, el papa Alejandro IV puso orden en el conflicto e hizo desterrar a Guillermo de Saint-Amour. Asimismo, ordenó que el franciscano Buenaventura y el dominico Tomás de Aquino fueran admitidos en el claustro universitario.

A pesar de la violencia de estos conflictos, Tomás encontró tiempo y tranquilidad espiritual para desplegar una actividad intelectual prodigiosa. Escribió y publicó comentarios bíblicos y filosóficos, estudió y discutió diversos opúsculos de Boecio,⁸ así como las Sentencias compiladas por Pedro Lombardo,⁹ redactó numerosas obras, entre ellas las del *De veritate*, y terminó el primer libro, *Suma contra gentiles*.

Entre 1259 y 1268 fue enviado por su orden a Italia y nombrado predicador general en el Capítulo de Nápoles. En cumplimiento con las obligaciones correspondientes a ese cargo, viajó frecuentemente a diversas ciudades italianas, residiendo allí donde se instalase la corte pontificia. En ese período fue teólogo consultor del Papa. En esos años terminó su *Suma contra gentiles* y su comentario a la obra del Pseudo Dionisio Areopagita.¹⁰ A petición del papa Urbano IV,¹¹ redactó la glosa evangélica conocida como *Catena áurea* y otros textos. También se ocupó de temas doctrinales, teológicos y filosóficos. Quizá fue ése el período más prolífico de su vida. En 1267 comenzó a escribir una obra que pudiese servir de libro de texto para los estudiantes de teología: la *Suma teológica*.

LA INNOVACIÓN DENTRO DE LA FE

Diferentes teólogos habían elaborado en los siglos xn y XIII numerosas sumas o compendios de teología. Se trataba de explicaciones completas y ordenadas de los distintos aspectos de la doctrina católica. Pero la de Tomás era profundamente innovadora. Otros habían centrado la teología en la redención, en la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, o en las obras y señales de Dios, pero Tomás entendía que la teología no se ocupaba propiamente más que de Dios mismo, y veía todo lo demás sólo como manifestaciones de la divinidad.

Para Tomás, la teología debe moverse siempre dentro de la fe y explicar con razones la naturaleza de los dogmas. El elemento de autoridad es usado en su *Suma* con extrema sobriedad, y sólo recurriendo a las autoridades que el adversario admite o reconoce. En este sentido, la *Suma* pretende movilizar las riquezas de la razón humana. Cada artículo de la *Suma* consta de cuatro partes. En la primera parte, *Quaestio*, se plantea el problema de forma concisa. En la segunda parte, *Disputatio*, se exponen los principales argumentos a favor y en contra. En la tercera parte, *Responsio*, se presenta la solución razonada y justificada. En la cuarta parte, *Vera solutio*, vuelve sobre los argumentos expuestos en la *Disputatio* para eliminar las razones

falsas y afirmar de manera definitiva la verdadera solución del problema propuesto originalmente.

En 1269, el general de la orden volvió a enviar a Tomás a París con el fin de que se hiciese cargo de la cátedra para extranjeros en la universidad. La situación era crítica porque, por un lado, los maestros seculares, ahora liderados por Gerardo de Abbeville, 12 habían recrudescido nuevamente sus actitudes para con los frailes mendicantes, y, por otro lado, los «averroístas latinos», llamados así por derivar su conocimiento de Aristóteles a partir del comentarista musulmán Averroes, presentaban, de la mano de Siger de Brabante, un aristotelismo demasiado radical y poco compatible con las doctrinas cristianas.

La filosofía aristotélica había desaparecido del horizonte cultural europeo occidental durante varios siglos. Sólo la lógica había sido conservada y cultivada. Al traducirse al latín durante el siglo xn la obra de Averroes y otros comentaristas musulmanes, deudores de los textos aristotélicos, éstos fueron recuperados, provocando una profunda crisis en el ambiente escolástico. Algunos autores se habían convertido a esa versión mahometana de Aristóteles, a pesar de incurrir en doctrinas que no parecían admisibles desde la fe cristiana. Esas actitudes hacían que el aristotelismo corriese el riesgo de ser condenado por la Iglesia como contrario a la fe.

Tomás de Aquino entendía que no se podía renunciar a Aristóteles, sino que sólo cabía corregirlo y depurarlo. Por ello encargó a Guillermo de Moerbeke, dominico y helenista, que tradujera directamente del griego, lo más fielmente posible, los libros de Aristóteles. A la vez, acometió la tarea de defender al filósofo tanto de quienes lo seguían irreflexivamente como de quienes lo rechazaban por fidelidad a cierto tradicionalismo platonizante o hasta irracionalista. No era una tarea sencilla. La Santa Sede prohibió los libros aristotélicos hasta que fuesen corregidos. Los franciscanos se unieron a los seculares en la condena de cualquier forma de aristotelismo.

La primera dificultad esencial que presenta la teología como motivo de estudio racionalista es que se trata de la única ciencia sobre la que no sabemos si su tema existe o no. Por supuesto, para santo Tomás de Aquino estaba fuera de toda duda la existencia de Dios, pero comprendía racionalmente que esta duda podía plantearse a alguien que no tuviera fe. Entonces, él distingue por un lado lo que aporta la fe y la misma creencia de no discutir a un Dios. Pero en cuanto se pone a actuar como filósofo, comprende la objeción de los que pueden poner en duda la existencia de Dios y hace esfuerzos realmente extraordinarios por probar su existencia. Cómo vamos a hablar, cómo vamos a hacer elucubraciones teológicas sobre cómo es Dios, cuáles son sus cualidades, sus atributos, si no sabemos si existe o no existe. Previamente a todo lo demás, hace falta establecer la existencia de Dios. Y una de las piezas más conocidas de la vasta obra de santo Tomás son las cinco vías, las cinco pruebas de la existencia de Dios. Las cinco vías se reducen siempre un poco a lo mismo: si existe la realidad, existe el mundo, con una u otras perfecciones, alguien tiene que haberlo hecho.

La primera prueba de la existencia de Dios es la del movimiento —en el sentido de paso de la potencia al acto—, que ya se encontraba

en Aristóteles. Todo lo que se mueve es movido por otra cosa, y ésta, a su vez, por otra, como una serie infinita de motores. Es decir, hay que postular un primer motor inmóvil, que es Dios. La segunda vía procede análogamente, pero respecto de las causas eficientes. Todo lo que es tiene una causa, y ésta, a su vez, tiene una causa, y así podemos remontarnos a una primera causa eficiente, que es Dios. La tercera vía es la de la contingencia. Algunas cosas, que nacen y perecen, podrían no ser. Son, pues, contingentes, pero no todos los seres pueden ser contingentes, porque si todo el universo pudiera no ser, entonces no sería —porque, como diría bastante después Leibniz, el no-ser es más fácil—, por lo tanto, debe de haber al menos un ser necesario, que es la razón de que los seres contingentes lleguen a ser. Ese ser necesario es Dios. La cuarta vía se apoya en los grados de perfección. Decimos que algo es mejor que otra cosa, que es más bello, o más justo, etcétera. Pero toda jerarquía de esta índole supone un óptimo, es decir, un ser supremo, y a esto es a lo que llamamos Dios. La quinta vía es la prueba teleológica. Las cosas de la naturaleza actúan siguiendo un orden, como si obedecieran a un plan o a un fin, pero esto supone un arquitecto u ordenador, es decir, una Causa Inteligente, el fin hacia el que todo tiende en última instancia y que rige todo el proceso del universo.

Si vamos remontándonos al origen, vemos que cada cosa, que cada árbol da lugar a nuevas semillas, y a nuevos árboles, cada animal engendra nuevos animales, todo sigue ese proceso, pero en un momento debe de haber un comienzo y ese comienzo tiene que ser un creador que no haya sido previamente creado. Y todas esas vías, cree él, racionalmente llevan a esa conclusión del creador final. Bueno, lo que hay que señalar ahora es que, en su momento, esto fue muy audaz. Querer probar la existencia de Dios de esta manera implicaba que, en cierta medida, se había dudado. De modo que no hay que quitarle importancia a la audacia de alguien que decide probar la existencia de Dios, por si acaso fuera necesario. Obviamente, la historia no ha aceptado en gran parte las vías, que se deben a una física antigua y a unos conocimientos muy dudosos sobre el mundo y sobre todo a un malentendido que es que no se puede explicar lo que no sabemos cuando conocemos aún menos. En otras palabras, sabemos poco del origen del universo, pero nada de Dios, y por lo tanto de la afirmación de que Dios explica el origen del universo se sigue una pregunta inmediata: ¿y quién explica a Dios? Ése sería el fin de la cuestión, pero naturalmente ni santo Tomás ni su tiempo permitían llegar tan lejos.

LOS RECORRIDOS DE UN CATEDRÁTICO

En 1270, Tomás de Aquino disputó públicamente con el regente de la cátedra franciscana, Juan Peckham,¹³ y logró que éste admitiese que la doctrina tomista, a pesar de basarse en Aristóteles, no era contraria a la fe. Poco después, el obispo de París, Esteban Tempier,¹⁴ condenó varias proposiciones aristotélicas, buscando afirmar así la teología tradicional. Tomás no tardó en probar que dichas proposiciones no eran verdaderamente aristotélicas, sino de sus comentaristas árabes. A la vez escribió un tratado contra las enseñanzas del averroísta Siger de Brabante —quien profesaba la eternidad del mundo y la mortalidad del alma—, y lo hizo de forma tan sólida y

persuasiva que logró convencer a su antagonista. De hecho, Siger redactó a continuación una obra en la que corrigió su anterior doctrina, expresando su admiración por el teólogo.

Mientras participaba en estas discusiones, Tomás encontró tiempo para seguir desarrollando una impresionante obra escrita. Además de numerosos opúsculos, comentarios, tratados y cuestiones controvertidas, finalizó en 1270 la primera parte de la Suma teológica, y en los dos años siguientes concluyó la segunda parte.

Las aportaciones de Tomás de Aquino al campo teológico fueron inmensas y su producción de escritos fue importante. Polemizó con los teólogos cristianos y musulmanes de su época. Realizó un esfuerzo extraordinario por precisar y por definir algo tan complicado como los atributos divinos, por hacer compatible y comprensibles racionalmente ciertos dogmas del cristianismo, como por ejemplo la transustanciación¹⁵ o la eucaristía.¹⁶ Estos temas exigen una reflexión sobre qué es la esencia y la existencia de cada uno de los seres hasta remontarse a Dios. En otras palabras, el esfuerzo de santo Tomás fue dirigido a poner la razón al servicio de la fe. En un momento dado define a la filosofía como ancilla theologiae, es decir, la filosofía es la criada o sierva de la teología, y tiene que servirla y llevarle las cosas que la teología necesite. Esto es algo que va en contra del espíritu filosófico tal como lo entendemos hoy. La filosofía lo que hace es plantear dudas y preguntar por cuestiones que no se saben adonde van a llevar. Santo Tomás conoce adonde quiere llegar y lo que hace es brindar caminos racionales. Es, por supuesto, un serio argumento en contra de su propósito filosófico. Pero no cabe duda de que la honradez y la determinación con que lleva a cabo ese intento racional de llegar hasta donde esté, más allá de la razón, son verdaderamente dignos de reconocimiento y sobre todo, en su momento, fueron y chocaron con el conservadurismo instalado que se negaba siquiera a plantear que la razón pudiera escalar grados hacia la majestad de la divinidad.

Santo Tomás fue, entre 1272 y 1273, profesor en la Universidad de Nápoles. En esa época, comenzó a trabajar en la tercera parte de la Suma teológica, donde se ocupa de Cristo. Expone la doctrina del Verbo encarnado y su misterio, como también la de los distintos sacramentos y la de la Gloria divina.

En marzo de 1273, durante la misa, sufrió un éxtasis profundo y prolongado. A pesar de ser sacudido por quienes lo acompañaban, no volvió en sí de inmediato, y cuando lo hizo estuvo derramando su llanto durante horas, aunque no dijo nada respecto de lo que había experimentado. En los meses siguientes trabajó sin descanso en su obra y dedicó largas horas a orar arrodillado frente a un crucifijo. Finalmente, el 6 de diciembre de ese mismo año, día de San Nicolás, tras haber concluido la cuestión 90 de la tercera parte de la Suma teológica, tuvo una nueva experiencia de arrobamiento, aún más profunda que la anterior. De inmediato, archivó en un armario papel, plumas y tintero. No trabajó más en la Suma teológica ni en ningún otro texto. Cuando sus colaboradores le pidieron que terminase el trabajo, pues era muy poco lo que faltaba, sólo respondió que no podía. Finalmente, dijo a su secretario, fray Reginaldo de Piperno, que después de lo que había experimentado todo cuanto había escrito a lo largo de su vida le

parecía paja.

De hecho, la Suma teológica fue completada después de su muerte, haciéndose cargo fray Reginaldo de la redacción de las últimas páginas, a partir de los borradores del propio Tomás.

UNA HERENCIA VALIOSA

A su muerte, Tomás de Aquino dejó más de ciento treinta obras, entre comentarios, sumas, opúsculos, cuestiones, conferencias y sermones; más de ochocientos noventa lecciones sobre libros de Aristóteles; más de mil seiscientas cincuenta lecciones sobre la Sagrada Escritura, y alrededor de tres mil artículos sobre las Sentencias. Su Suma contra gentiles consta de cuatrocientos sesenta y tres capítulos. La Suma teológica tiene quinientas doce cuestiones y un Suplemento, que comprende dos mil seiscientos cincuenta y dos artículos, en los que aparecen expuestos y resueltos más de diez mil argumentos. En 1323, el papa Juan XXII procedió a la canonización de Tomás, afirmando que cada uno de los artículos de su Suma teológica era un milagro.

Santo Tomás murió en Fossanova, camino de un concilio, y sorprende al ver la magnitud de su obra constatar que sólo vivió cuarenta y nueve años. La obra de santo Tomás, desde el punto de vista de los teólogos de la Iglesia, es la piedra angular de todo lo que puede ser una filosofía cristiana, si es que el concepto de filosofía cristiana tiene algún sentido. Recuerdo a este propósito la broma de Jorge Luis Borges, que decía que esto era como hablar de equitación protestante. Pero, en fin, si tiene algún sentido hablar de filosofía cristiana, hoy, naturalmente, la piedra angular es Tomás de Aquino. Pero no fue así en los años y los siglos posteriores a su muerte. De hecho, tras su muerte, muchas de las composiciones de sus libros fueron condenadas por la Iglesia. Y tardó mucho tiempo en convertirse en el gran patriarca del pensamiento cristiano que es hoy. No fue prácticamente hasta el siglo xix cuando León X lo redescubrió como el más grande de los teólogos y el más grande de los filósofos cristianos. Hasta ese momento no había tenido reconocimiento unánime, de modo que el auge y la predominancia de santo Tomás es un fenómeno reciente de los siglos xix y xx. Antes había permanecido casi oculto o puesto en entredicho respecto a su ortodoxia. Que santo Tomás de Aquino fue una potencia intelectual extraordinaria, de eso no cabe ninguna duda. Que fuera un filósofo en el sentido de poseer la capacidad de perplejidad y de asombro que nosotros entendemos necesarias para la filosofía, eso ya es más dudoso, puesto que partía del hecho de la fe, y parece que partir de la fe es exactamente lo contrario del propósito de la filosofía. Pero no cabe duda de que su fuerza razonante, la claridad con la que distinguía los diversos aspectos de las cosas, que cada vez que toma un asunto hace unos distinguos a veces un poco mecánicos, pero siempre pertinentes y evidentemente útiles como herramientas muy positivas, digamos, para cuando uno quiere pensar por sí mismo sobre todos esos temas. Todo eso hace que su figura, que hoy, a quienes no somos de creencias cristianas, nos puede resultar un poco lejana, nunca pueda dejar de ser considerada como lo que es: como uno de los grandes gigantes del pensamiento occidental, si bien más en el campo de la teología que de la filosofía.